



DE CHARLES MOELLER

- I -

La palabra es la mano derecha del escritor. Es el medio de su comunicación. Y escritor lo es todo aquel que —sin importar el profesionalismo— halla en la necesidad de la palabra el medio de su más íntima y a la vez más universal presencia en el mundo. La palabra escrita es un medio que, a su vez, es el resultado de toda una elaboración interna. Es un decir «aquí estoy». Es una presencia totalmente incapaz de disfraz. Pues nunca nadie conseguirá escribir «como si fuera otro».

FELIX  
REMUS  
RODA

Algabira, 95

Teléfono 126

ELECTRICIDAD  
RADIO

\*

CALEFACCION  
SANEAMIENTO

Instalaciones garantizadas

Precios limitados

Pida presupuesto sin compromiso



*Desea a sus clientes y amistades*

*Felices Navidades*

*y Próspero Año Nuevo*

Todo esto viene a cuento — tal vez con excesiva prolijidad, pero no sin justificación— de mis primeras palabras en «Ancora». Sobre todo, porque comienzo a dejarlas en estas páginas en ocasión del tiempo del Adviento. Y si siempre he querido que mi palabra fuera veraz, ahora quisiera empeñarme en que, además, mi palabra fuera persuasiva y convincente.

Pues vengo a hablar, en tiempos de enhorabuena, de un libro que es una de las mejores noticias que un periodista podría reseñar en la vida cultural del país: la aparición de los dos primeros volúmenes de la obra —que constará de seis tomos— de Charles Moeller, S. J., profesor de la Universidad de Lovaina. En estos tiempos de la Natividad, son muchos los españoles que tienen su vida interior ocupada por las páginas esclarecedoras de la obra de Moeller. Hace tiempo que yo deseaba contribuir, de algún modo, a esta ocupación. Ahora puedo hacerlo. Deber y deseo se aunan en mi decisión. Y si mi palabra pudiera ser lo mejor de mí —que no me recato de escribir en primera persona—, bien desearía yo que al decir algo de esta obra los lectores vieran en este algo mi mejor felicitación navideña.

A medida que aumentan los medios de difusión cultural, es congruente suponer que aumentarán también el número de personalidades señeras en el campo de la espiritualidad. Puesto que habrá más hombres cultos, habrá más hombres que tengan «algo que decir». Y, claro, muchos serán los que sepan, por lo menos, escuchar. Si hacemos el balance de las personalidades importantes aparecidas en los últimos cincuenta años, tanto en el campo de lo meramente literario como en el terreno de la pesquisa de lo humanístico, nos llevaremos una sorpresa. Tal vez, pensaremos que los árboles nos impedían ver el bosque. Separando o considerando por sí mismos a cada uno de estos árboles, el bosque se nos manifiesta formidable y formidables, también, sus elementos.

Estos grandes personajes que —en diversos países de la vieja Europa— componen tan gozosamente frondosa vegetación, han llegado, en su mayoría, a la cumbre de sus posibilidades. Algunos ya fenecieron. Otros han acabado su obra, o están próximos a ese término. Es llegado, pues, el momento de la consideración, del paso de cuentas. El momento de la síntesis no ya de lo conseguido por cada individuo, sino de lo logrado por esa colectividad— a veces enemiga, opuesta, indiferente o acercada entre sí. Importa considerar qué han hecho, en su conjunto impuesto por la cronología, los hombres que fueron del mismo tiempo.

Esa es tarea digna de una gran mentalidad, de un hombre —pues prefiero que sea uno el que juzgue a muchos— de vasta cultura, de sólida cabeza y de no menos sólido corazón. Y este hombre ha surgido. Ha surgido el hombre que, responsable de la gravedad que la ciencia, la inteligencia y la sensibilidad confieren, ha sentido necesidad de hablar. Ha hablado y ha hablado bien. Charles Moeller, S. J., desde su brumosa Lovaina, es un hombre de gran claridad. Claridad, convicción, persuasión, alientan en esta obra monumental en la que, de un modo rotundo, aparecen reducidos a síntesis y a la vez a unidad, los logros, o los fracasos, espirituales de los más notorios escritores de nuestro tiempo.

Me permito atraer la atención del lector hacia otras palabras mías, en las que procuraré un acercamiento directo a la obra de Moeller. Reconozco que he empezado por la parte que un crítico reservaría para el final: por el elogio. Pero eso se debe a la calidad misma de «Literatura del Siglo XX y Cristianismo». Ahora, vaya por delante esta aseveración, en la que me comprometo con la doble responsabilidad de hacerlo precisamente en estos días de la veracidad de la mente y de la veracidad del corazón.